PASCUAL ORTIZ RUBIO: LA “SUBCRISIS” DE 1931 Y LA RUPTURA DEL *MODUS VIVENDI*

*Juan González Morfín**

RESUMEN: En la historiografía revolucionaria se refiere la brevedad del gobierno de Pascual Ortiz Rubio y su sumisión a los designios del general Plutarco Elías Calles, aunque poco se ha profundizado en los hechos que propiciaron la ruptura del *modus vivendi* ofrecido por su antecesor a la Iglesia católica y que aceleraron su renuncia a la presidencia. En este artículo se presentan datos poco conocidos sobre los hechos que originaron, primero, la crisis de finales de 1931 y, posteriormente, la ruina de la gestión ortizrubista.

PASCUAL ORTIZ RUBIO: THE “SUB-CRISIS” OF 1931
AND THE RUPTURE OF THE *MODUS VIVENDI*

ABSTRACT: The brevity of the Pascual Ortiz Rubio government and its submission to the plans of General Plutarco Elías Calles are generally mentioned by revolutionary historiography, but rather little has been deepened in the facts that led to the rupture of the *modus vivendi* offered by his predecessor to the Catholic Church and that accelerated its resignation to the presidency. This article presents some little known facts about the events that originated, first, the crisis of the end of 1931 and, later, the ruin of the Ortiz Rubio administration.

PALABRAS CLAVE: Conflicto religioso, ley de cultos, Plutarco Elías Calles.
KEY WORDS: Law of cults, Plutarco Elías Calles, religious conflict.

RECEPCIÓN: 5 de abril de 2019.
APROBACIÓN: 10 de junio de 2020.
DOI: 10.5347/01856383.0135.000299473

* Profesor investigador del Departamento de Humanidades de la Universidad Panamericana.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

PASCUAL ORTIZ RUBIO: LA “SUBCRISIS” DE 1931 Y LA RUPTURA DEL *MODUS VIVENDI*

Introducción

Un breve periodo de la historia reciente de México, pero no por eso menos cargado de sucesos interesantes, fue el paso por la presidencia de la república del ingeniero y general michoacano Pascual Ortiz Rubio, del 5 de febrero de 1930 al 4 de septiembre de 1932.¹ La historiografía del periodo no ha omitido la debilidad del mandatario ante la figura de Calles y, sobre este particular, son muchos los ejemplos e incluso anécdotas que se cuentan; sin embargo, hay acontecimientos como el atentado que sufrió el día de su toma de protesta,² la matanza de Topilejo,³ los cambios en las leyes hacendarias,⁴ etc., que son poco conocidos o que fueron tratados apenas en la bibliografía contemporánea. Uno de estos sucesos, la “subcrisis” de diciembre de 1931, de la que ahora nos vamos a ocupar, puede servir también para arrojar luces a lo que fue el gobierno ortizrrubista.

¹ Presentó su renuncia el 2 de septiembre. El Congreso designó como sucesor al general Abelardo L. Rodríguez el 4 de septiembre.

² Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana* (México: Botas, 1941), 409-410.

³ Véase: Alfonso Taracena, *Los vasconcelistas asesinados en Topilejo* (México: Editora Librería, 1958) y Enrique Plasencia de la Parra, “Eulogio Ortiz: la domesticación de la violencia”, *Boletín Eclesiástico* 10 (2016): 59.

⁴ Véase: Alberto J. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen (1910-1933)* (México: Editorial Cultura, 1936), 393.

Se ha conservado en este trabajo el término “subcrisis” para respetar el título que le dio el doctor José Manuel Puig Casauranc,⁵ testigo de excepción de los hechos ocurridos a finales de 1931 que sacudieron al ya débil gobierno de Ortiz Rubio y que tuvieron su origen en el permiso que la Secretaría de Hacienda otorgó al comité organizador de los festejos por el cuarto centenario de las apariciones guadalupanas para importar un órgano monumental sin pagar los derechos aduanales:⁶ “así llegamos a tener una ‘subcrisis’ por un órgano: el instrumento musical de altísimo precio que la jerarquía católica había importado para las fiestas solemnes del doce de diciembre de 1931”.⁷

La movilización ingente de fieles católicos inquietó a diversos actores que se opusieron a los acuerdos de 1929 con los que se devolvieron los templos a la Iglesia católica y se dio una interpretación benigna a las leyes que restringían su operación.⁸ Algunos gobernadores, como Adalberto Tejeda en Veracruz, se adelantaron a los acontecimientos de diciembre de 1931 y ya habían tomado medidas muy drásticas para

⁵ José Manuel Puig Casauranc (1888-1939) nació en Laguna del Carmen, Campeche, y se graduó como médico en la Universidad de Veracruz. Fue electo diputado de la XXVI Legislatura en tiempos de Madero. Fue encarcelado por negarse a reconocer la legalidad del gobierno de Huerta. En 1923 dirigió la campaña de Elías Calles en Veracruz. Fue también senador por Campeche en 1924, Secretario de Educación Pública y jefe del Departamento del Distrito Federal en dos ocasiones, Secretario de Relaciones Exteriores y embajador en Estados Unidos, Argentina y Brasil. Escribió cerca de treinta libros sobre temas políticos y económicos.

⁶ Sobre el órgano Wurlitzer se encuentran varios documentos que hablan del diseño para su fabricación y las dificultades para completar su pago en el Archivo Histórico de la Arquidiócesis de México (AHAM), fondo episcopal: Pascual Díaz Barreto, caja 11, expediente 14.

⁷ José Manuel Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas. Galatea rebelde a varios pigmaliones* (México: Senado de la República, 2004), II, 123. Más adelante señala por qué le da ese nombre: “subcrisis, porque no se llegó en ella a la recomposición del gabinete” (124). Aunque sin entrar en pormenores, Meyer señala la crisis de 1931 como una especie de parteaguas: Jean Meyer, *De una revolución a la otra* (México: El Colegio de México, 2013), 324. Otros estudios del Maximato no se han detenido a estudiarla. Véase: Tzivi Medin, *El minimato presidencial: historia política del Maximato (1928-1935)* (México: Era, 1982), 110-111.

⁸ Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución Mexicana* (México: Instituto Mexicano de Cultura, 1964), 562-575; Paolo Valvo, *Pio XI e la cristiada. Fede, guerra e diplomazia in Messico (1926-1929)* (Brescia: Morcelliana, 2016), 396-435; *Los arreglos del presidente Portes Gil con la jerarquía católica y el fin de la guerra cristera. Aspectos jurídicos e históricos*, ed. por José Luis Soberanes Fernández y Oscar Cruz Barney (México: UNAM, 2015).

limitar la acción de la Iglesia.⁹ En algunos círculos del poder, el malestar por las libertades que se estaban otorgando a la Iglesia había venido en aumento, según relata el mismo Puig:

Se habían ido deslizando, entre sacudidas y adormecimientos políticos, los meses de octubre y noviembre y se llegó al diciembre de 31, ya en nueva y franca exacerbación del estado crónico de la crisis. Empezó ahora el malestar, más ostensible, con las fiestas de la guadalupana y la consagración de la Basílica, que dieron oportunidad a la Secretaría de Hacienda para dar un novedoso aspecto del viejo jueguito tan conocido con las dos barajas. Lo que no lograban ni los armamentos para el Ejército que hubiera que importar, ni los muebles para las escuelas: la exención de derechos se concedió, para congraciarse con el alto clero, a un costosísimo órgano que había de ser tocado en la brillante ceremonia del 12 de diciembre.¹⁰

A partir de aquí, como revela Puig, la situación cambió y, aunque él solo menciona “regaños no disimulados de Calles” y una legislación precipitada que limitaba enormemente el número de sacerdotes en el Distrito Federal “para mostrar la actitud de perfecto radicalismo antirreligioso del gobierno”,¹¹ las consecuencias fueron mucho más allá. En este trabajo se muestra cómo este hecho contribuyó a la desestabilización del régimen de Ortiz Rubio y al comienzo de la ruptura del *modus vivendi* pactado entre la jerarquía católica y el presidente Emilio Portes Gil.

Ortiz Rubio y Calles: una relación de compromiso

En 1923, Ortiz Rubio se separó del gobierno de Obregón no sin cierta molestia con el entonces secretario de gobernación, Plutarco Elías Calles, por quien desde ese momento, si no es que antes, guardó recelo y desconfianza. Sin embargo, cuando dio inicio la rebelión delahuertista, Ortiz

⁹ Concretamente, con la ley de junio de 1931 en Veracruz únicamente se autorizaba un ministro de culto por cada 100 000 habitantes.

¹⁰ Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas*, 123.

¹¹ *Ibid.*, 124.

Rubio hizo desde París unas declaraciones muy acertadas para su futuro político, pues tomó el partido de Calles, lo que le valió casi inmediatamente ser nombrado ministro plenipotenciario de México en Alemania, ya que la legación mexicana en ese país se había declarado delahuertista y operaba a su favor ante el gobierno alemán.¹²

Una vez electo Calles presidente, visitó diversos países europeos, uno de ellos Alemania, donde nuevamente se acercó a Ortiz Rubio. Calles quedó enormemente agradecido por el recibimiento que le dio el gobierno del presidente Ebert.¹³ A la muerte prematura de este, en los albores de la presidencia de Calles, el todavía ministro Ortiz Rubio entregó a la viuda de parte del presidente manteles y servilletas deshilados, así como unos sarapes de Saltillo tejidos a mano, uno de ellos con la imagen de Ebert, y también un par de gamuzas, todo ello trabajado por indígenas mexicanos.¹⁴ Todo esto que parece anecdótico permitió al caudillo ir probando la subordinación de Ortiz Rubio a los requerimientos de su jefe.

De ministro en Alemania, con el beneplácito de Calles, Ortiz Rubio pasó a ser embajador en Brasil, donde entre 1926 y 1927 la prensa criticó al régimen callista por sus supuestos ataques a la libertad religiosa. Nuevamente Ortiz Rubio cumplió un papel de excepción defendiendo al gobierno en artículos y notas diplomáticas. Como el gobierno brasileño solapaba esos ataques y no hizo caso a sus protestas, propuso al subsecretario de relaciones exteriores, Genaro Estrada, que “me permitieran retirarme de Brasil con el personal de la Embajada, como protesta por la actitud hostil de personas ligadas con la Administración”. Esa petición fue trasladada directamente al general Calles, quien “me pidió que soportara la situación pues no convenía a los intereses del Gobierno romper relaciones con el Brasil, porque los demás países de la América del Sur interpretarían torcidamente el acto y tal vez en perjuicio de México”.¹⁵

¹² Véase: Pascual Ortiz Rubio, *Memorias* (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 1981), 124-125.

¹³ Friedrich Ebert (1871-1925): de filiación socialdemócrata, fue el primer presidente de la República de Weimar. Murió inesperadamente por complicación de una apendicectomía.

¹⁴ Véase: Archivo Plutarco Elías Calles (APEC), Pascual Ortiz Rubio, inventario 4239, expediente 51, legajo 1, f. 25.

¹⁵ Ortiz Rubio, *Memorias*, 133.

Su docilidad y eficacia condujeron a que fuera llamado al país, donde Calles terminó de probar su lealtad y sumisión: “Me es grato dirigirme a usted afectísimo amigo, subordinado y atento seguro servidor”.¹⁶ Es un ejemplo de una entre muchas comunicaciones de Ortiz Rubio a Calles.

Tiempo después, en sus *Memorias*, el michoacano permite ver cierto dejo fatal, como una especie de destino ineluctable al que tuvo que someterse, cuando describe qué le esperaba a su llegada al gobierno: “Me entregaba pues, caso de mi triunfo, un grupo completamente adicto a él, más bien dicho servil a Calles, y era de presumirse lo difícil de manejarlo. Pero no había más remedio: acepté ser candidato de su partido y tenía que cumplir mi compromiso”.¹⁷

Sobre cómo tuvo que integrar siempre su gabinete con personas afines al Jefe Máximo, bastante se ha escrito. Uno de sus amigos y consejeros, José Manuel Puig Casauranc, lo dice con estas palabras: “Por parte del ingeniero Ortiz Rubio, no había dificultad, a menos de personas que le fueran particularmente desagradables o que no guardaran con él ni las formas más elementales de respeto y hasta de urbanidad; no había la menor dificultad para aceptar todo lo que pudiera ser agradable a Calles”.¹⁸ Y aun siéndole particularmente desagradable, tuvo que aceptar dos veces a Emilio Portes Gil, primero en la Secretaría de Gobernación y luego como presidente del PNR. El mismo Puig Casauranc, que así como era amigo de Ortiz Rubio lo era de Calles, relata qué fácil resultó lo que él preveía como una embajada difícil: convencer a Ortiz de que en vez de Calles, quien pensaba retirarse un tiempo a su rancho de Tamaulipas, designara como secretario de Guerra y Marina al general Abelardo L. Rodríguez, pues Calles temía que ese puesto quedara en manos de Amaro, Almazán o, peor aún, Hernández Cházaro. Así lo relata: “bastó la insinuación de que eso quería el general para estar tranquilo de que el ministerio que había ocupado hasta ese día seguiría normalmente su marcha”, para que Ortiz Rubio lo aceptara, encantado,

¹⁶ APEC, Pascual Ortiz Rubio, inventario 4239, expediente 51, legajo 1, f. 34. La comunicación es de 1929, en plena campaña presidencial.

¹⁷ Ortiz Rubio, *Memorias*, 145.

¹⁸ Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas*, 133.

diciendo “que nada podía serle más agradable que el general Rodríguez ministro de la Guerra”.¹⁹

El caso fue que nunca pudo, si es que lo intentó, librarse de la égida del caudillo, convertido para ese momento en Jefe Máximo de la Revolución. Y estuviera en México, Cuernavaca, Tamaulipas o el extranjero, su presencia y su labor directiva nunca se dejaron de sentir. De la época en que Calles estuvo en su rancho de Ciudad Mante, Tamaulipas, escribe Ortiz Rubio: “iban en romería ministros, magistrados, senadores y diputados a consultarle y conspirar”.²⁰

Otro factor que sin duda aumentó la reverencia con que Ortiz Rubio acataba no ya las órdenes, sino incluso las sugerencias de Calles, fue el miedo que abrigó desde el atentado sufrido el mismo día en que iniciaba su gobierno. Estando convaleciente, cuenta que “Calles hipócritamente me fue a ver al hospital de la Cruz Roja y me dijo: ‘estos clericales son los responsables de todo’. Y procuró que se diera al atentado aspecto de ello”.²¹ Esa desconfianza, casi seguridad de que el caudillo pretendía eliminarlo, no obstaba para que siguiera guardando las formas; por ejemplo, ya en plena crisis y casi al final de su gobierno, le escribió lo siguiente en papel oficial de la presidencia: “Pascual Ortiz Rubio saluda con todo afecto a su estimado y fino amigo el Señor General Plutarco Elías Calles, y le expresa su sincero agradecimiento por la felicitación y el magnífico reloj que, con motivo de su onomástico, tuvo la fineza de enviarle”.²²

Fue a su más confiable interlocutor con Calles, el doctor Puig Casauranc, a quien finalmente Ortiz Rubio le suplicó un doble favor: comunicar al sonorenses su renuncia y redactar cuidadosamente el texto que habría de ser leído con la condición de que “ni se toque al general Calles ni pueda entenderse que mi actitud se deriva de discrepancias ideológicas de orden revolucionario”.²³

¹⁹ *Ibid.*, 133.

²⁰ Ortiz Rubio, *Memorias*, 226.

²¹ *Ibid.*, 216.

²² APEC, Pascual Ortiz Rubio, inventario 4239, expediente 51, legajo 3, f. 123, Pascual Ortiz Rubio a Plutarco Elías Calles, México, 18 de mayo de 1931.

²³ Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas*, 139.

Años después, resumió en sus *Memorias* su atormentada relación con el Jefe Máximo y su partido: “Cuando renuncié a la Presidencia me preguntaban el porqué y tuve que decirles: por haber cometido dos errores capitales: haber aceptado la Presidencia apoyado por el grupo de Calles y no haber destruido ese grupo, empezando por su caudillo”.²⁴

Las fiestas por el cuarto centenario de las apariciones guadalupanas

Desde varios días antes del día del aniversario, la prensa destacó las actividades que se estaban llevando a cabo. El 5 de diciembre se inició el Congreso Guadalupano, con la participación de importantes oradores y prelados, que fue clausurado el 10 de diciembre por el arzobispo de la capital, Pascual Díaz, principal organizador del programa de festejos.²⁵ Junto con la solemnidad de los actos, resaltó también la afluencia de peregrinos, cada vez más copiosa conforme se avecinaba la gran fiesta: “La aglomeración de peregrinos aumentada diariamente por los que llegan a millares, da una brillantísima nota de alegría y entusiasmo a los festejos que se celebran en honor a la Virgen Morena”,²⁶ publicó *La Prensa*. Como se sabría después, decenas de miles de estos peregrinos habían arribado a la capital aprovechando las tarifas preferenciales que les había otorgado el servicio del tren.

Especial relieve tuvo el homenaje de América Latina a la Virgen de Guadalupe, el 11 de diciembre en la Basílica. La ceremonia fue calificada por un diario local como “quizás la de mayor suntuosidad, la más solemne y emotiva de las efectuadas hasta hoy”.²⁷ En la función participaron embajadores y secretarios de las representaciones diplomáticas. La narración hecha por los periódicos alcanzaba tonos épicos:

Todas las banderas de los países de la raza latina fueron depositadas a los pies de la Virgen por los Secretarios de las Embajadas, los Cónsules y

²⁴ Ortiz Rubio, *Memorias*, 145.

²⁵ *El Universal*, 11 de diciembre de 1931, 1A.

²⁶ *La Prensa*, 9 de diciembre de 1931, 13A.

²⁷ *El Universal*, 12 de diciembre de 1931, 1A.

los representantes especiales. Los fieles, sin poder contenerse, prorrumpieron en gritos de júbilo, y en medio de la solemnidad del acto, los Arzobispos y Obispos mexicanos tomaron cada uno una bandera y fueron a postrarse a los pies de la imagen. El poderoso coro resonó en el recinto y cientos de voces entonaron el himno guadalupano.²⁸

Se explicaba también que desde muy temprano el recinto del templo se hallaba atestado por los católicos que pudieron ingresar, en tanto que el vasto atrio se encontraba también lleno a reventar. Una bandera de México, con el escudo nacional bordado en seda, adornaba el altar mayor y “el templo se estremecía bajo los poderosos efectos del maravilloso órgano”.²⁹

Al día siguiente, 12 de diciembre, fecha en la que concurrían todas las expectativas y para la que se habían hecho todas las celebraciones anteriores, los actos comenzaron con la presencia insólita de una banda militar, que honró a la guadalupana con sus notas marciales. Nuevamente la prensa destacó la participación ya no solamente de los representantes de las naciones latinoamericanas, sino de todo el cuerpo diplomático.³⁰ Uno de los periódicos de la capital le dedicó al acontecimiento un titular de ocho columnas que decía: “La Glorificación de la Guadalupana”, e inmediatamente después, en grandes letras, subrayó los siguientes epígrafes: Jubilosa alborada a las cinco de la mañana. —Imponente aspecto de la Basílica. —El brillante servicio de diplomáticos. —Los descendientes de caciques y nobles mexicanos. —La solemnísima misa pontifical. —Brillante pieza oratoria sagrada del obispo auxiliar de Morelia: “Cuando la Virgen puso su imagen en el humilde ayate de Juan Diego, forjó el símbolo indomable de nuestra raza”. —S.S. el Papa bendice a México. —La bendición de las rosas. —Entusiasta recibimiento al señor obispo de Veracruz. —Se calcula en medio millón el número de fieles que ayer desfilaron por la Basílica. —Escasos accidentes.³¹

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*

³¹ *La Prensa*, 13 diciembre de 1931, 2A.

Pero entre tantas noticias triunfalistas, ese domingo 13 venía en los diarios de la capital una inserción obligada de un comunicado de la Secretaría de Guerra que parecía presagiar tormentas. Con un pequeño título resaltado en letras negritas que decía: “Causó Baja, en Masa, la Banda Núm. 1 de Estado Mayor” y enmarcada para distinguirse de las demás noticias, contenía el siguiente texto:

La Secretaría de Guerra nos envió el siguiente boletín:

“Por disposición expresa del ciudadano General de División Plutarco Elías Calles, Secretario de Guerra y Marina, con esta fecha causa baja en el Ejército Nacional el personal que compone la banda de música número 1 de Estado Mayor, por haber concurrido hoy, a las cinco horas, a dar una audición a la Basílica de Guadalupe, sin autorización de la superioridad. “México, D.F., a 12 de diciembre de 1931. —El General de Brigada, Jefe de Estado Mayor, A. BERNAL”³²

Los diarios de provincia, además de destacar los festejos guadalupanos y comunicar también que la banda de música “del general Calles”³³ había causado baja en el ejército, citaron datos preocupantes para los que creían que en México se había entrado en una etapa de reconciliación: “Nuevos atentados contra los católicos hubo ayer en el estado de Veracruz”,³⁴ anunciaba en la parte central de la primera plana el principal diario de Guadalajara, y proseguía: “Informaciones llegadas a esta capital procedentes de Veracruz dan cuenta de que las autoridades locales del puerto cometieron hoy varios atentados en contra de algunos elementos católicos resueltos a celebrar con entusiasmo el cuarto centenario de las apariciones de la Virgen de Guadalupe y en vista de que por ahora no hay cultos en Veracruz”. Si bien no era de extrañar esto en un estado cuyo gobernador, Adalberto Tejeda, reiteradamente había mostrado una tendencia antirreligiosa, no obstante dejaba entrever un retroceso a tiempos que se tenían por superados.

Fue la prensa de provincia la que dio un seguimiento más cercano a la tormenta que se avecinaba. Así, el 14 de diciembre, *El Informador*

³² *El Universal*, 13 de diciembre de 1931, 1A.

³³ *El Informador*, 13 de diciembre de 1931, 1A.

³⁴ *Ibid.*

anunció en su titular principal: “Las autoridades capitalinas estiman que hubo violación a la ley de cultos el día doce”, y añadía: “Por los adornos en muchas casas”, y a continuación: “Se asegura que por órdenes de la Procuraduría General de Justicia se investiga el caso”.³⁵

El mismo día 14, de manera desproporcionada, en el Congreso de la Unión se comenzó a delinear lo que sería el inicio de un recrudecimiento de las disposiciones anticlericales que, al menos en apariencia, se habían suavizado desde los arreglos de 1929. Al día siguiente, *La Prensa* salió con un encabezado que ocupaba la cuarta parte de la primera plana: “Durísimos ataques”, seguido con letra un poco más pequeña que de cualquier forma abarcaba las ocho columnas: “Al clero y funcionarios públicos en las cámaras de la unión”.³⁶ La noticia remitía a la página tres del diario en la que, con tres renglones a grandes letras que abarcaban todo el ancho de la página, se consignaba: “Altos funcionarios públicos virulentamente atacados por los festejos religiosos”.³⁷ En esa misma plana, aunque ocupando solo tres columnas, seguían enconados titulares: “Que los réprobos de la revolución sean marcados con hierro candente. Eso se pidió nada menos que en el senado”. Esta petición de marcar con hierro candente a los réprobos de la Revolución fue llevada a la tribuna por el senador potosino Gonzalo N. Santos y fue secundada por varios más, como Antonio Valadez Ramírez, quien agregó que era repugnante que fueran elementos que se habían colado en la Revolución los que patrocinaban y autorizaban esas farsas. Ante esas palabras, pensando en que quizá se estaba haciendo alusión al mismo general Calles, Gonzalo N. Santos se vio en la necesidad de precisar “que él ha sabido que se rumora que el general Calles dio diez mil pesos para las obras de la Villa de Guadalupe y que él fue el que arregló que entrara el órgano libre de derechos al país, pero que no hay tal”.³⁸ De esa sesión, como medidas inmediatas se siguieron unas declaraciones del Bloque Nacional Revolucionario en las que pedían medidas

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *La Prensa*, 15 de diciembre de 1931, 1A.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

urgentes para corregir situaciones en la Secretaría de Gobernación, en la de Hacienda, en la de Educación Pública..., y exigían al presidente “que haga con la energía que esperamos de su fe revolucionaria, una depuración de elementos clericales que se hallan dentro de la administración pública”.³⁹ También de esa sesión hubo señalamientos concretos, sobre todo en contra del director de Ferrocarriles por haber concedido descuentos a los peregrinos que venían de distintas regiones del país a participar en los festejos guadalupanos, y al ministro de Hacienda, a quien el diputado José María Dávila acusó de haber entregado subsidios para facilitar los festejos. No se salvaron de ser tachados como elementos antirrevolucionarios el jefe del Departamento del Distrito Federal “por haber puesto a los gendarmes de tráfico a las órdenes del Clero para que sus ceremonias sean más brillantes”.⁴⁰

El 16 de diciembre apareció un artículo en la parte central de la sección editorial de *El Universal* que, bajo el título “No hay que provocar apasionamientos estériles”, buscaba hacer entrar en razón a los elementos radicales que propugnaban una nueva etapa de lucha, haciéndoles ver que se había justificado para derrocar al antiguo régimen, pero que ya se encontraban en un régimen revolucionario, promovido por ellos mismos, y estaban actuando como si no formaran parte del Estado surgido de la Revolución, por lo que no era esta la mejor manera “de cimentar la tranquilidad y la confianza con las leyes revolucionarias como base, que sin descanso preconizan como salvadoras los prohombres de la Revolución”.⁴¹

No se sabe qué tanto puede haber tenido este artículo un efecto contrario entre algunos revolucionarios radicales que integraban las cámaras, lo cierto es que unos días después, el 21 de diciembre, como si de dicho artículo hubiera surgido la idea de elevar a rango de ley las medidas punitivas que se habían ventilado, el diputado Luis G. Márquez, apoyado por toda la bancada de Veracruz, presentó una iniciativa para reformar el artículo 130 constitucional y permitir tanto en el Distrito Federal

³⁹ *Ibid.*, 7A.

⁴⁰ *El Universal*, 15 de diciembre de 1931, 7A.

⁴¹ *El Universal*, 16 de diciembre de 1931, 3A.

como en los territorios federales (Baja California y Quintana Roo) únicamente un ministro de culto por cada 100 000 habitantes.⁴² Solo tres diputados se opusieron a la propuesta, y esto, nada más en el sentido de bajar a 50 000 habitantes la proporción. Al día siguiente, y sin que nadie más objetara algo, se aprobó la ley que, a partir de ese momento, autorizaba apenas 24 sacerdotes para todo el Distrito Federal. También ese día, el senador Gonzalo N. Santos presentó una iniciativa, que fue aprobada en ese mismo momento, para cambiar el nombre oficial de la localidad de Villa de Guadalupe o Guadalupe Hidalgo, por el de Gustavo A. Madero, que conserva hasta la fecha. El senador Manlio Fabio Altamirano presentó lo que llamó “puntos de vista” para ampliar la campaña contra el fanatismo religioso. Entre estos se hallaba la propuesta de cerrar al culto católico la Basílica de Guadalupe y convertirla en museo, quitar el nombre de Calzada de Guadalupe y nombrar esa avenida Ricardo Flores Magón, y sustituir la educación laica, que solo implica neutralidad, por la educación racionalista, que iría directamente encaminada a atacar la religión. También se ventiló la posibilidad de reglamentar que así como solo se autorizarían 24 ministros para ejercer su ministerio, igualmente se permitiera el culto en no más de 24 templos de Ciudad de México.⁴³ Esto último terminó por incorporarse a la reglamentación del artículo 130 ya aprobada.⁴⁴ De esa forma y, a pesar de la indignación de los católicos, la ley entró en vigor el 30 de diciembre y ese mismo día los diarios anunciaron que en enero siguiente se procedería a la reglamentación del número de sacerdotes en cada uno de los estados. De hecho, el congreso de Puebla aceleró la aprobación de una ley similar a la del Distrito Federal, que autorizaba en ese estado solamente un ministro de culto por cada 50 000 habitantes, y la publicó el 31 de diciembre.⁴⁵

⁴² Véase: *El Universal*, 16 de diciembre de 1931, 1 y 7A; *El Informador*, 23 de diciembre de 1931, 1 y 2A.

⁴³ *El Informador*, 23 de diciembre de 1931, 2A.

⁴⁴ *El Informador*, 30 de diciembre de 1931, 1A.

⁴⁵ José Luis Sánchez Gavi, “La Acción Católica en Puebla. Vicisitudes de un proyecto católico, 1929-1940”, en *Religión y sociedad en México durante el siglo XX*, ed. por María Martha Pacheco (México: INEHRM, 2007), 379.

Versión de la reacción del general Calles en un artículo de *La Prensa*

El 3 de diciembre de 1935, en el contexto de los ataques periodísticos al general Calles,⁴⁶ con los que el gobierno del general Lázaro Cárdenas preparaba las siguientes medidas, apareció, firmado por Argos,⁴⁷ un extenso relato que ostentaba el título: “Calles ordenó la persecución religiosa”⁴⁸ y que no hacía alusión a la persecución de los años 1926-1929, sino a la que se inició unos días después de los festejos del cuarto centenario de las apariciones de Guadalupe y daba cuenta de sucesos relacionados con la “subcrisis” que originó tanto la importación del órgano de la Basílica sin pagar derechos, como la presencia en algunos de los actos de esos días de miembros del gabinete de Ortiz Rubio, el espionaje a ministros de Ortiz Rubio llevado a cabo por la policía del Distrito Federal y, quizá lo más interesante, la reunión verificada, en presencia de Calles, con algunos ministros y funcionarios acusados de apoyar al clero.

El autor del artículo no precisa la fecha en que se llevó a cabo dicha reunión, aunque señala que él mismo estuvo presente y que fue pocos días después del 12 de diciembre. Participaron el general Calles, el general Pérez Treviño (en ese momento presidente del Partido Nacional Revolucionario), el presidente Ortiz Rubio, el ministro de Hacienda Luis Montes de Oca, el de Gobernación Manuel C. Téllez, el de Comunicaciones y Transportes Gustavo P. Serrano, además del doctor Rafael

43

⁴⁶No eran extraños encabezados como los siguientes ejemplos: “Calles se empeña en culpar al clero de la muerte de Obregón que íntimamente le regocijó”, *La Prensa*, 4 de diciembre de 1935, 3A; “La falsedad del general Calles llegaba a límites que no eran sospechados”, *La Prensa*, 5 de diciembre de 1935, 2A; “Calles desató el terror para despistar a los obregonistas”, *La Prensa*, 5 de diciembre de 1935, 3A; “Calles encubrió la muerte de Obregón desencadenando una era de terror”, *La Prensa*, 5 de diciembre de 1935, 1A.

⁴⁷Seudónimo utilizado largo tiempo por el literato, periodista y político Carlos Díaz Dufoo (1861-1941); sin embargo, por pertenecer a una serie de artículos muy bien orquestados contra Calles, no se descarta que detrás del seudónimo haya habido varios escritores conocedores, en cada caso, de los hechos concretos que se narraban.

⁴⁸*La Prensa*, 3 de diciembre de 1935, 2 y 19A. Una versión que coincide bastante con esta, aunque aporta algunos datos diferentes, fue publicada en Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución* (México: Botas, 1946), 342-345.

Silva, secretario de Salubridad, Julio Freyssinier Morín, contralor general de la Nación, los licenciados José Aguilar y Maya y José Hernández Delgado, procurador general de la república y procurador del Distrito Federal, así como el licenciado Narciso Bassols, aunque este último no ciertamente en calidad de indiciado. Para esta reunión no se requirió, como hubiera sido habitual, la presencia de un taquígrafo que tomara nota de los diálogos, por lo que se puede inferir que las palabras que el autor del reportaje reproduce podrían corresponder en sentido amplio a las que se dijeron en la reunión. Desde antes de la aparición del artículo se había tenido noticia de la reunión y de que el general Calles había regañado fuertemente a los ministros de Ortiz Rubio y al mismo presidente.⁴⁹ Ahora se conocería el hecho con más detalles.

La reunión se celebró en uno de los salones del Palacio Nacional. Comenzó Calles la reprimenda reclamándole a Montes de Oca que hubiera eximido del pago de derechos al órgano monumental que recién se había estrenado en la Basílica, así como que hubiera acudido al templo; a Morín y Silva les reprochó que hubieran asistido al templo; al ingeniero Serrano, el descuento hecho a los peregrinos para viajar en ferrocarril; a Téllez, que hubiera ido a La Villa en compañía de su familia y a los dos restantes, que tuvieran entre sus colaboradores elementos clericales.

Inmediatamente después de Calles tocó el turno a Pérez Treviño quien, “con inusitada virulencia”,⁵⁰ prosiguió la reconvención en el mismo tono de Calles.

A partir de aquí se fueron dando las explicaciones, una detrás de otra, para justificar cada uno su propia actuación, excepto en el caso del doctor Rafael Silva, secretario de Salud Pública, que no tuvo ningún recato en responder al general Calles que era católico y que, si por eso hacía falta renunciar a su puesto, contaban ya con su renuncia. “Soy católico por convicción, y porque en un país cuya Constitución declara que son respetables todos los credos religiosos, no estimo que tenga nada de reprochable el que yo sea católico.”⁵¹

⁴⁹ Véase: Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas*, 124.

⁵⁰ Argos, “Calles ordenó la persecución religiosa”, *La Prensa*, 3 de diciembre de 1935, 19A.

⁵¹ *Ibid.*

Los demás funcionarios buscaron no complicarse la existencia y sin afirmar ni negar que eran católicos, utilizaron subterfugios dignos de una antología: Manuel C. Téllez afirmó que efectivamente había ido a La Villa y que había llevado a sus hijos, “pero no para hacerlos clericales, sino para que vayan conociendo y amando lo que es México”,⁵² puesto que estudiaban en el extranjero.

Freyssinier Morín explicó que él había ido únicamente para escuchar el concierto de órgano, ya que había sido invitado por el organista, de quien era amigo; sin embargo, ni siquiera había podido entrar al recinto.

Los licenciados Aguilar y Maya y Hernández Delgado dijeron desconocer que en sus dependencias trabajaran elementos clericales y se comprometieron a iniciar una averiguación. La defensa del ministro de comunicaciones se basó en que con los descuentos se había favorecido a los pobres...

En su turno, Montes de Oca explicó que había permitido provisionalmente la entrada del órgano al país sin pago de derechos, en tanto que dos comisiones estudiaban el caso para determinar si, como estaba destinado a un templo propiedad de la nación, debería o no de pagar dicho impuesto. Inteligentemente aceptó que no solo había ido a la Basílica, sino que veía como uno de sus deberes como secretario de Hacienda visitar a las iglesias, por lo que frecuentemente hacía esas visitas para darse cuenta de la situación en que se encontraban esos bienes de la Nación. “Es más —agregó— voy a ver los templos con ojo de artista, porque son, en México, los sitios en que se conservan los más valiosos tesoros y, para visitar los templos, no me oculto de nadie.”⁵³ Dicho esto aprovecho una información que tenía para bajar los ánimos encandecidos del general Pérez Treviño, aunque de paso puso a temblar al presidente Ortiz Rubio:

No pasa lo mismo —señaló— con uno de nuestros impugnadores, con el señor general Manuel Pérez Treviño, que hace unos días bautizó en su casa particular a uno de sus hijos, al niño Álvaro, del que hizo padrino

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*

al señor Presidente de la República. El señor general Manuel Pérez Treviño improvisó en la sala de su residencia un pequeño altar, y en la ceremonia actuó, ocultamente, un sacerdote católico.⁵⁴

Molesto quizá con todos, con la situación misma y desarmado por la conducta vergonzante de Pérez Treviño, Calles centró su discurso en afirmar que era tiempo de reanudar la campaña contra el clero, ante la insolencia de los católicos y sus obispos, por lo que se hacía urgente la promulgación de una nueva Ley de Cultos que limitara el número de sacerdotes para toda la república.

Bassols, que casi no había intervenido, aprovechó la ocasión para opinar que las generaciones adultas se hallaban perdidas y que el futuro de la Revolución no estaba en promover medidas que podrían llevar a una nueva guerra civil, sino más bien en adueñarse de la infancia y educar a la niñez en el ateísmo y el anticlericalismo.

Ortiz Rubio, que se había visto involuntariamente implicado en el bochornoso asunto del bautizo del hijo de Pérez Treviño, se vio obligado a expresar su compromiso con las ideas de Calles y expresó: “Señores, si ustedes consideran conveniente que se expida una Ley de Cultos, completamente anticlerical, estoy dispuesto a promulgarla, porque no quiero que se diga que tengo miedo”. Inmediatamente después pasó a evocar sus medidas anticlericales muy recientes al impedir que ingresaran al país un cardenal estadounidense y otro brasileño, y aprovechó para recordarles que los arreglos de sus antecesores con el clero él solo los había heredado.

Como consecuencia inmediata de esta sesión informal, se siguieron las reformas al artículo 130 constitucional que limitaron el número de sacerdotes en el Distrito Federal y territorios federales. El 20 y 21 de enero hubo movimientos en el gabinete, pues dejaron sus puestos Manuel C. Téllez, en Gobernación, Luis Montes de Oca, en Hacienda, y Gustavo P. Serrano, en Comunicaciones y Transportes.

Francisco Díaz Babio, amigo sincero de Ortiz Rubio que publicó un par de libros elogiosos de su persona,⁵⁵ afirma que Calles aprovechó

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Véase: Francisco Díaz Babio, *Actividades de Pascual Ortiz Rubio* (México: Imprenta Aguilar, 1929) y *Un drama nacional. La crisis de la Revolución. Declinación y eliminación del General Calles* (México: Imprenta M. León Sánchez, 1939).

el error de Montes de Oca, que “concedió la importación de tan costoso instrumento sin pagar los derechos aduanales correspondientes”,⁵⁶ para sacar del gabinete ortizrubista a todos los que le incomodaban, y no solo eso, sino que días después emprendió “contra el clero católico nueva [embestida], sacando primeramente del país al Arzobispo de Guadalajara; suspendiéndose los cultos en el Distrito Federal y quedando abierto el registro de clérigos para oficiar de acuerdo con la reglamentación respectiva”.⁵⁷

La ruptura del *modus vivendi*

Uno de los compromisos que adquirió el gobierno del presidente Portes Gil en junio de 1929 con los llamados arreglos, fue el de “vigilar que las leyes sean aplicadas sin tendencias sectaristas y sin prejuicio alguno”.⁵⁸ A nadie le quedaba la menor duda, una vez que fue publicada en el *Diario Oficial* la nueva ley que reglamentaba el número de sacerdotes, que con las nuevas disposiciones se había regresado a una situación similar o peor que la que en 1926 había llevado a los obispos a suspender el culto público. La redacción de los artículos de la ley así lo hacía presentir, especialmente la del artículo 3º, que revivía la polémica de que, eventualmente, podría quedar autorizado para ejercer el ministerio un sacerdote que no hubiera sido el designado por su obispo: “en el Gobierno del Distrito Federal y de los Territorios Federales, se llevará un libro de registro en el que se tomará razón, por riguroso orden de fechas, de los avisos que dieron los ministros de los cultos que deseen ejercer su ministerio. Si en la misma fecha se dieron varios avisos, se registrarán precisamente en el orden en que fueron dados”.

La reacción de las autoridades eclesiásticas, concretamente el arzobispo Pascual Díaz y el delegado Leopoldo Ruiz y Flores, fue extremadamente ecuaníme y, si cabe, condescendiente, pues querían evitar a toda costa que se repitiera la situación que se había vivido en 1926.

⁵⁶ Díaz Babio, *Un drama nacional*, 273.

⁵⁷ *Ibid.*, 274.

⁵⁸ Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución*, 572.

El mismo 31 de diciembre Pascual Díaz firmó un “Edicto diocesano” en el que recordaba que, para defender sus derechos, la Iglesia no tiene otra arma que las espirituales, como son la fe, la justicia y la caridad. Anticipaba la llegada de unas instrucciones de la Santa Sede y recordaba a los fieles laicos las que ya se habían recibido: “que fuera de todo partido, y sobre toda política de partido, procuréis defender los sacrosantos derechos de la Religión, por medios legales”.⁵⁹

Unas semanas después, el delegado apostólico transmitió en una “Instrucción pastoral” las directrices para enfrentar la situación que habían llegado del Vaticano:

Después de lamentarse el Papa de que la situación de la Iglesia haya empeorado en vez de mejorar y dándose cuenta de que esa situación no es en la práctica sino “un principio de abolición de la religión Católica y un intento de apostasía nacional” por lo que se echa de ver que el Papa se da cuenta exacta del peligro, dice:

“En esta situación tan grave como injusta contra la Iglesia, es necesario buscar los remedios para mejorarla y desde luego atenuar, en cuanto sea posible, el perjuicio de las almas”.

“Al elegir esos remedios no hay que pensar en la defensa armada la cual, prescindiendo de otras consideraciones, no tendría ninguna probabilidad de éxito; sino más bien provéase a la EDUCACIÓN DEL PUEBLO CRISTIANO EN LA OBEDIENCIA Y ADHESIÓN AL SANTO PADRE, A LA JERARQUÍA Y A LA IGLESIA. Y muy particularmente también a animar, organizar y dirigir a los mejores elementos seculares en el apostolado pacífico, pero eficaz e incansable, el cual llegue también a los enemigos de la Iglesia para convertirlos”.⁶⁰

Esta llamada a la cordura fue vista como claudicación o, incluso, traición por muchos, que prefirieron comenzar a organizar una nueva defensa armada que, habiendo sido desautorizada por la jerarquía, no se

⁵⁹ AHAM, fondo episcopal: Pascual Díaz Barreto, caja 31, expediente 16, *Edicto diocesano*, México, 31 de diciembre 1931.

⁶⁰ Archivo cristero jesuita en custodia del ITESO, Fondo Miguel Palomar y Vizcarra, fascículo Los arreglos, documento 86, Leopoldo Ruiz y Flores, Instrucción y exhortación que el Delegado Apostólico dirige a los católicos mexicanos, México, 12 de febrero de 1932.

atreveron a llamar “cristera”, sino que se limitaron a bautizarla como “la Segunda”.⁶¹

Para la primera mitad de 1932, otros cinco estados habían legislado sobre el número de ministros de culto permitidos, siempre en proporciones poco razonables y que exasperaban a la población católica,⁶² por más que los obispos y el mismo papa, en una encíclica,⁶³ intentaban serenar los ánimos. El *modus vivendi* había terminado y, junto con este, cada vez parecía más que el gobierno de Ortiz Rubio no podía sostenerse.

Años más tarde, Ruiz y Flores describiría así la actuación del presidente en relación con la Iglesia: “yo no pude notar en qué sentido suavizó el Sr. Ortiz Rubio la aspereza de los problemas creados por las leyes del Sr. Calles, pero sí dio muestras de que en vez de reformar las leyes existentes las empeoraba”.⁶⁴

La caída de Ortiz Rubio

En su larga entrevista con James Wilkie y Edna Monzón, el expresidente Emilio Portes Gil, quien fue primero secretario de Gobernación y después presidente del Partido Nacional Revolucionario durante el régimen ortizrubista, señaló que Calles no intervino ni en su gobierno ni en el de Abelardo L. Rodríguez, pero sí en el de Ortiz Rubio, y que esto fue “contra su voluntad, debido a que el presidente Ortiz Rubio no tenía capacidad para resolver los conflictos que se le presentaban”.⁶⁵ Incluso afirma que el mismo Calles le confió que estaba cansado de que lo llamaran para resolver tantos problemas. Años antes de la entrevista,

49

⁶¹ Al respecto, véase: Juan González Morfín, “Desconcierto y desilusión de los católicos a causa de los arreglos”, en *Los arreglos*, 133-163.

⁶² Chiapas: un sacerdote para cada 60 000 habitantes; Chihuahua: uno para cada 45 000; Estado de México, 34 para todo el estado; Michoacán, 33; Sonora, 16. Véase: Félix Navarrete, *De Cabarrús a Carranza. La legislación anticatólica en México* (México: Jus, 1957), 132-141.

⁶³ Encíclica *Acerba animi*, 29 de septiembre de 1932. Sobre su contenido y repercusiones, véase: Juan González Morfín, *El conflicto religioso en México y Pío XI* (México: Minos, 2009), 63-71.

⁶⁴ AHAM fondo episcopal, Luis María Martínez, caja 26, expediente 1; Leopoldo Ruiz y Flores, *Lo que yo sé del conflicto religioso de 1926 y su terminación en 1929*.

⁶⁵ James Wilkie y Edna Monzón, *Frente a la Revolución Mexicana, 17 protagonistas de la etapa constructiva*, IV (México: UAM, 2004), 82.

Portes Gil señaló la falta de carácter de su sucesor como una característica que lo llevaría a fracasar:

Es verdad que, desde los primeros días de su Gobierno, el señor ingeniero Ortiz Rubio estaba llamado a fracasar. Hombre sin carácter, víctima de prejuicios sin cuento, susceptible en grado sumo a la influencia de la última persona que con él hablaba; pero sobre todo la de sus familiares, era un verdadero juguete de las gentes que lo rodeaban. Ellos llevaron a su ánimo la obsesión de que era el centro de todo género de acechanzas; ellos infundieron en su espíritu la creencia de que todos sus colaboradores eran hombres sin escrúpulos, capaces de traicionarlo a cada momento.⁶⁶

Estas dos coordenadas, confirmadas por diversas fuentes, unidas al enorme peso que tenía el expresidente Calles y su interés no oculto de que las cosas marcharan como él veía conveniente, crearon una crisis permanente en el gobierno del ingeniero Ortiz Rubio que se agudizó en el primer semestre de 1932 con sucesivos cambios en su gabinete y una actitud cada vez más hostil del Jefe Máximo de la Revolución, que llegó a prohibir a sus allegados que aceptaran el Departamento del Distrito Federal.⁶⁷ “Ningún amigo suyo debía ya aceptar puestos de gobierno, para dejar al presidente íntegra la responsabilidad de sus actos políticos y administrativos”.⁶⁸

La situación ya no era solo de incertidumbre e incompetencia, sino también de total aislamiento. El presidente decidió renunciar, pues se dio cuenta de que no podía gobernar sin Calles y, menos aún, contra Calles. Así le rogó a Puig Casauranc que redactara su renuncia y se la presentara a Calles para que opinara. Le insistió, eso sí, en que en la redacción no se tocara al general ni se entendiera en modo alguno que su actitud se derivaba de discrepancias ideológicas de orden revolucionario.⁶⁹

⁶⁶ Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, 409.

⁶⁷ Véase: Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas*, 139.

⁶⁸ Díaz Babio, *Un drama nacional*, 277.

⁶⁹ Puig Casauranc, *De Obregón a Cárdenas*, 139.

Después de titubear sobre el encargo, Puig decidió visitar a Calles para contarle lo que el presidente le pedía, pero le aclaró que no había querido siquiera comenzar la redacción de la renuncia sin contar antes con su autorización.⁷⁰

Según la narración de Puig, aunque Calles no la esperaba, o no la esperaba tan pronto, después de un breve momento de enojo echó a andar la máquina de la sucesión, sorprendido quizá también de que lo único que pedía Ortiz Rubio era abandonar cuanto antes el país y que lo escoltara hasta la frontera gente de toda su confianza:

Es bochornoso decirlo, pero es necesario: el señor ingeniero Ortiz Rubio, desde el día del atentado, sufrió tal depresión moral, que por todas partes veía asesinos. En la creencia de que podía ser víctima a toda hora de nuevos actos de violencia, llegó hasta el grado de mandar fabricar un costosísimo automóvil blindado, con cristales de más de una pulgada de espesor, irrompibles por las balas. En semejante vehículo hacía, diariamente, el recorrido de Chapultepec a Palacio. Naturalmente aquello era comentado por el pueblo en tono burlesco.⁷¹

El 1° de septiembre de 1932 todavía se presentó a rendir lo que fue su último informe de gobierno, cumpliendo así un mandato constitucional. Al día siguiente, se publicó en la prensa que “en vista de las excesivas precauciones tomadas, el solemne acto [...] no tuvo el lucimiento de otras veces”.⁷² Ese mismo día se conoció la renuncia del presidente y de todos sus ministros, al mismo tiempo que se mencionaron los nombres de Abelardo L. Rodríguez y Alberto J. Pani como posibles sucesores. El 4 de septiembre el Congreso aceptó la renuncia Ortiz Rubio y nombró en su lugar al general Abelardo L. Rodríguez.

Entre las muchas explicaciones que aduce Ortiz Rubio en sus *Memorias* para justificar su fracaso como presidente, apunta la siguiente: “Es imposible moralizar una administración cuando se encuentra podrido todo el elemento que domine políticamente la situación”.⁷³

⁷⁰ *Ibid.*, 140.

⁷¹ Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, 409.

⁷² *El Informador*, 2 de septiembre de 1932, 2A.

⁷³ Ortiz Rubio, *Memorias*, 207.

Años después de su caída, uno de sus amigos intentó justificar lo acontecido en ese gobierno de la siguiente manera:

Todo Gobierno es tanto mejor cuanto menos se hace sentir. El Sr. Ing. Ortiz Rubio hubiera podido sostenerse con la fuerza que le daba el Ejército, que estaba con él, con la fuerza que le daba el derecho, porque era constitucionalmente el Primer Magistrado de la República, se habría hecho sentir, y todavía estaríamos viendo a los huérfanos de las víctimas de una guerra interna, de una lucha fratricida en que unos de un modo y otros de otro, habrían pretendido sostener sus distintas posturas. El Ing. Ortiz Rubio no se hizo sentir y fue su Gobierno tanto mejor cuanto menos se hizo sentir.⁷⁴

A modo de conclusión

Poco antes de iniciar su periodo presidencial en diciembre de 1929, en un viaje que hizo Ortiz Rubio a Estados Unidos a instancias del embajador Dwight W. Morrow, personaje clave en la construcción del *modus vivendi* y amigo personal de Calles, tuvo una entrevista con el sacerdote John Burke,⁷⁵ quien le planteó la necesidad de reformar el marco de una legislación que había ocasionado ya tantos problemas.

Con sencillez, el presidente electo le explicó cuál era la situación, según anotó Burke:

Expresó una mentalidad “formada previamente”. Habló de los “exaltados” de ambas partes y subrayó que “del lado de quienes están contra la Iglesia se encuentra el general Calles”. Trató de explicarse: “Yo no sostengo esa posición. Creo que las leyes deben cambiarse. Pero cualquier paso en esa dirección en este momento podría ser fatal. Mi propio

⁷⁴ Luis G. Franco, *Glosa del periodo del Gobierno del C. Gral. e Ing. Pascual Ortiz Rubio 1930-1932*, Ramo de Gobernación (México: s.p.i., 1947), 23-24.

⁷⁵ John Joseph Burke (1875-1936), sacerdote de la Congregación de San Pablo, que llegó a ocupar el cargo de secretario de la North Catholic Welfare Conference, antecedente inmediato de la Conferencia del Episcopado Estadounidense. Por su cargo, llegó a tener entrevistas del más alto nivel para buscar una solución a los conflictos religiosos entre la Iglesia y el Estado en el México de las décadas de 1920 y 1930. Véase: Manuel Olimón Nolasco, *Diplomacia insólita* (México: Imdosoc, 2008).

partido no me apoya; no estamos unidos. Por consiguiente, debemos tomar tiempo. Si los católicos, al paso de este tiempo son pacientes y esperan tranquilamente, podré, dentro de dos años, asegurar esos cambios. Creo que deben hacerse”.⁷⁶

“Mi propio partido no me apoya...”. Esa fue la realidad desde antes de que tomará el poder y era perfectamente consciente de ello. Entró resignado a una situación compleja que él mismo no sabía dónde podría desembocar. Con una actitud digna de un estoico y con un miedo a Calles cercano a la paranoia enfrentó un futuro que a nadie se lo hubiera deseado: “Pero no había más remedio: acepté ser candidato de su partido y tenía que cumplir mi compromiso”.⁷⁷ De ahí que la “subcrisis” de 1931, la ruptura del *modus vivendi*, el fracaso de Ortiz Rubio y su ineluctable dimisión, no fueron sino consecuencia lógica del modo en que había arribado a la presidencia.

⁷⁶ Manuel Olimón Nolasco, *Paz a medias: El “modus vivendi” entre la Iglesia y el Estado y su crisis (1929-1931)* (México: Imdosoc, 2008), 63.

⁷⁷ Ortiz Rubio, *Memorias*, 145.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.